

ESTATUTO GALLEGO

La Asamblea de Ayuntamientos se celebrará en el nuevo edificio de la Facultad de Medicina de Santiago, los días 17, 18 y 19 Diciembre 1932.

¡Gallegos! ¡Votad y propagad la autonomía de nuestra Tierra!

A los Ayuntamientos de Galicia

El Concejo de Santiago, abrió un nuevo camino en dirección a la autonomía gallega; es preciso que todos nos dispongamos a recorrerlo.

En el firmamento de Compostela ha aparecido una nueva estrella: está proyectada indicando el sepulcro de la Tierra.

Cinco siglos lleva Galicia enterrada; la nueva estrella, nos recuerda nuestra obligación: buscar la cueva y convertirla en nido...

Juntémonos los buenos y los generosos. Cuidémonos de que no se mezclen con nosotros los que toman la Vida por la pista de un circo o por el campo de una feria.

¡Y adelante! Que no deje, ni un momento, de reflejarse en vuestros pensamientos la luz de la estrella; esto será señal de que todo lo olvidáis por ella...

No más que un pensamiento en el cerebro: ¡Galicia! No más que una palabra en los labios. ¡Galicia! No más que un amor en el corazón: ¡Galicia!...

Si alguno os pregunta por la razón o por la conveniencia del nuevo peregrinaje a Compostela, no le hagáis caso; la luz de la estrella, no la ven los gusanos que hozan en la tierra.

Si quieren saber lo que haréis al encontrar el nuevo sepulcro, despreciadlos: el fin es algo íntimo para los creyentes. Los que buscan afuera, no son más que unos incrédulos egoístas...

Si os dicen que aún no llegaron los tiempos, decidles que antes de llegar es caminar. No hay que aguardar la aurora. Es preciso ir en busca de ella.

Y ¡siempre adelante!, hasta librar el sepulcro de Galicia de los arlequines y polichinelas que lo esconden y malguardan. Ellos fueron los que sembraron las malezas que lo tuvieron oculto y plantaron los árboles que, durante tanto tiempo, impidieron ver la estrella...

* * *

Ayuntamientos gallegos; representantes de Galicia:
¡A Compostela!

SIN AUTONOMÍA ESTAREMOS PERDIDOS

Yo invito a todos los gallegos que tengan instinto de conservación a que lean de modo atento el discurso que pronunció Indalecio Prieto en las Cortes defendiendo el Presupuesto del ministerio de Obras Públicas. A través de aquel discurso notabilísimo se ve claramente una cosa: que en las visiones porverinistas españolas del relevante líder del Partido obrero nuestra Tierra no cuenta para nada. Para nada que no sea contribuir a los gastos de la reconstrucción nacional sin provecho alguno a su favor. Cree el Sr. Prieto que la grandeza de España habrá de conseguirse por el desenvolvimiento de un amplio plan de obras hidráulicas en Levante, Andalucía, Extremadura y parte de Castilla. Alrededor de esto hizo párrafos elocuentísimos que aplaudieron calurosamente casi todos los diputados; lo mismo los de la derecha que de la izquierda. Para el Sr. Prieto el porvenir de España está en la zona mediterránea. En la zona levantina y en la zona meridional. Por tanto entiende que sobre ellas hay que volcar la mayor parte del presupuesto de Obras públicas durante muchos años. Y consecuente con tal criterio una vez más volvió a hablarnos de la necesidad patriótica de posponer los intereses locales a los de índole general. Lo que equivale a decir que regiones como la nuestra tienen que esperar a que España esté reconstituida en debida forma para merecer la protección del Estado. Mientras esto no ocurra su papel será el de simples paganas: el de sacar fuerzas de flaqueza para contribuir al progreso de otras sin beneficio alguno momentáneo para ellas. Los aplausos con que rubricó el Congreso las palabras del Sr. Prieto expresan de manera elocuente lo que nosotros podremos aguardar de la política del centro. Y yo os digo que al escucharlas me he sentido separatista, o separado contra mi voluntad de la nación común, recordando los versos de Rosalía: «Pobre Galicia, no debes llamarte nunca española, que España de tí se olvida».

Para el señor Prieto y para cuantos le aplaudían está visto que los intereses gallegos son intereses localistas. Los intereses nacionales son otros. Por lo tanto debemos esperar pagando, aun a costa de todos los sacrificios, incluso el de la depauperación de nuestra raza sufrida y esquilhada, a que el resto de España esté boyante para que nuestro progreso se inicie.

Hablando yo de esto con diputados de todas las tendencias de la Cámara al final del discurso del señor Prieto pude oír cosas análogas a las que ahora expongo: «Para los gallegos no habrá problemas puesto que tendréis autonomía, y en los Estatutos autónomos ya se consigna que se les otorgará una parte del contingente del Estado y otra parte de los empréstitos nacionales a los países que disfruten de tal régimen». ¿Y si no tenemos autonomía?, hube de preguntar yo. ¡Ah!, en ese caso —respondieron— tendréis que sacrificaros, indudablemente.

De modo que el problema está claro: o autónomos o esclavos. Tal es el dilema. Y habrá aún gallegos conscientes que recelen laborar por la implantación de la autonomía? Si los hubiera tendríamos que maldecirlos, porque serían más que suicidas verdaderos criminales. En Galicia es donde hay que acallar ahora las voces del localismo egoísta en aras de los intereses generales de la región. Podemos perderlo todo si no levantamos los corazones por sobre las bordas de los afanes pueblerinos. El porvenir de Galicia importa más que el progreso de una cualquiera de sus urbes. Nuestro campo y nuestra maraña representan dos millones colmados de vidas humanas que hay que redimir y europeizar.

Pensemos, pues, seriamente en lo que nos conviene. La realidad bien clara se muestra. Galicia sólo podrá defenderse con un régimen autónomo.

A. VILLAR PONTE.